

Andrew Graham-Yooll

Memoria del miedo

Prólogo de Arcadi Espada

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2006
Título original: *Memoria del miedo*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Algunos capítulos y fragmentos de este libro, casi siempre con algunas modificaciones, fueron publicados previamente en distintos medios. El autor agradece a los editores de esas publicaciones el permiso otorgado para incluir ese material en este libro: *Partisan Review, London Magazine, International Herald Tribune, The Literary Review, New Scientist, Index on Censorship* y *The Observer*.

© Andrew Graham-Yooll, 2006

© de la introducción, Arcadi Espada, 2006

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.
Santa Magdalena Sofía, 4
08034 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 84-934315-7-5

Depósito legal: B 322-2006

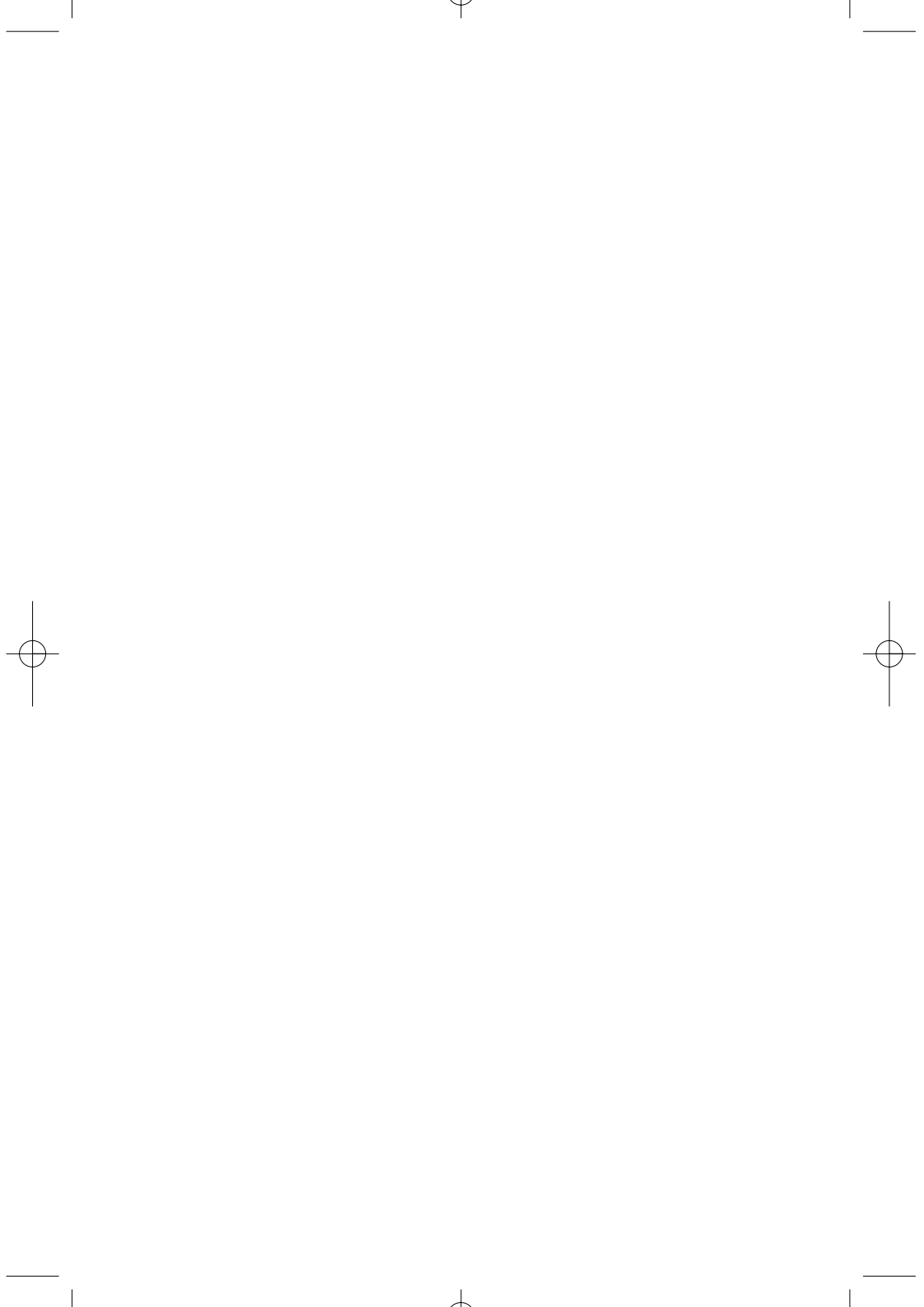
Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

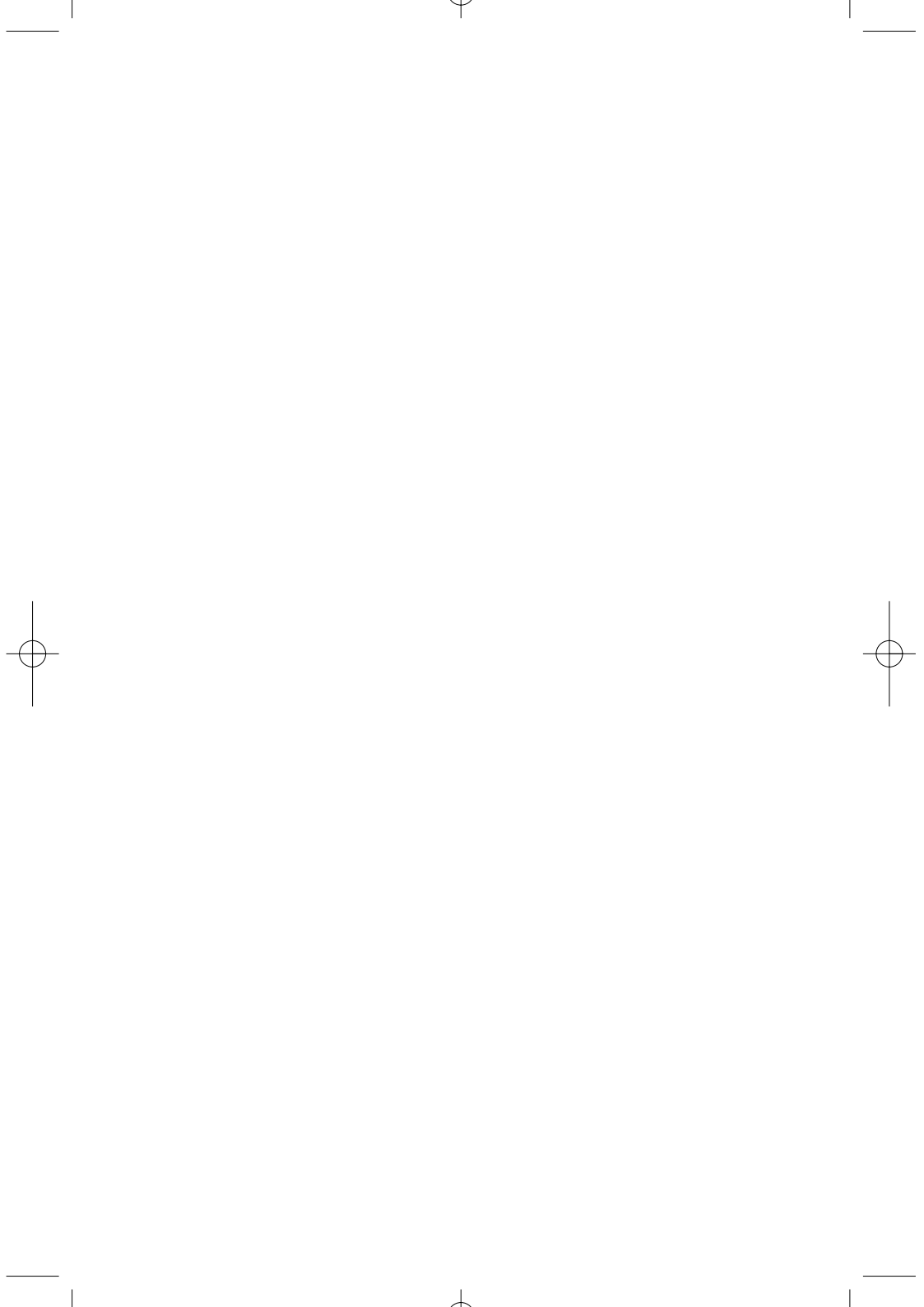
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

Para los que vi morir,
para mis colegas,
para mis cuatro hijos
(Inés, Luis, Isabel y Matías),
para los que sobrevivieron,
para que nada se olvide.

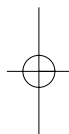
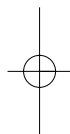


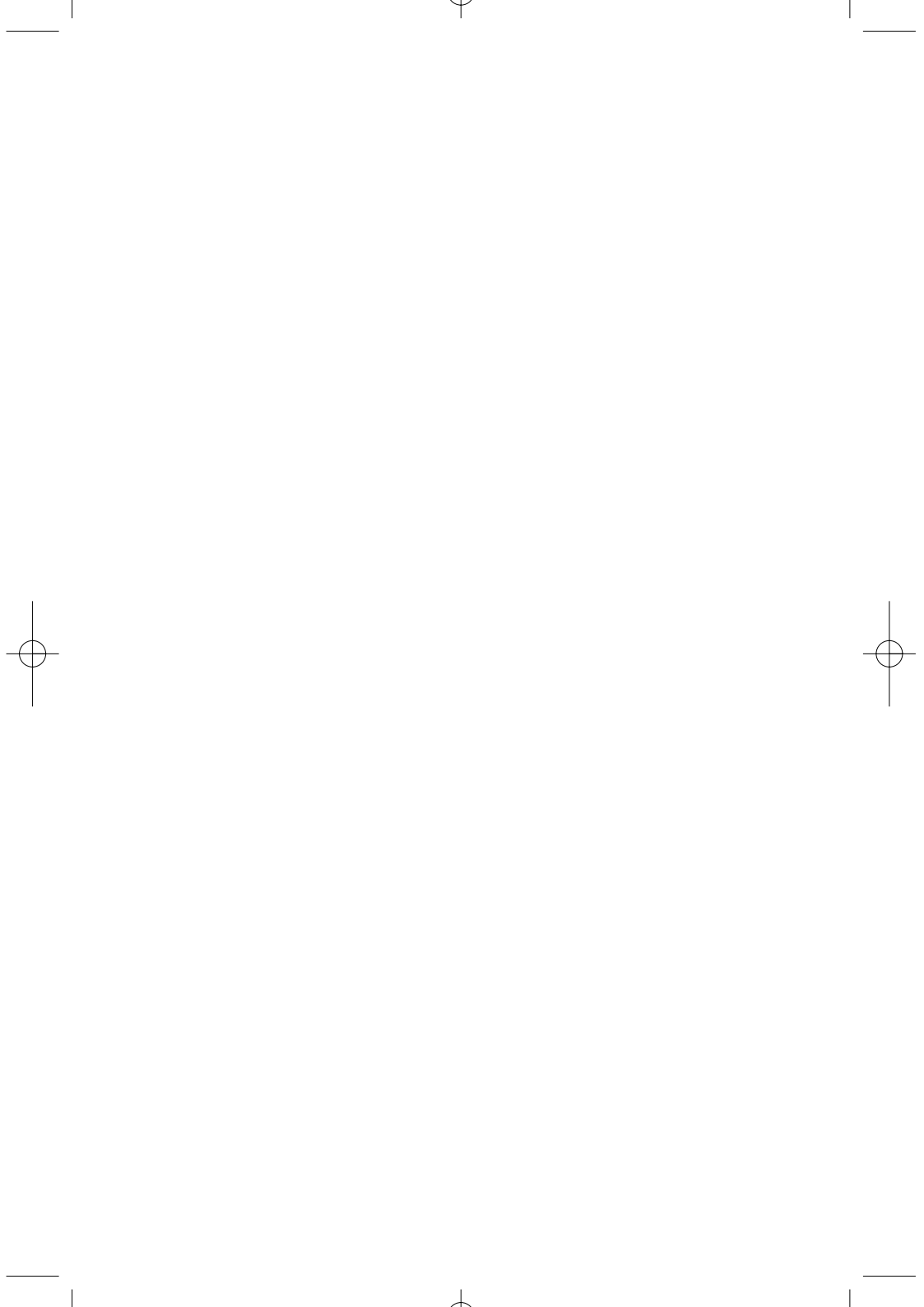
Índice

Prólogo, por ARCADI ESPADA	XIII
Introducción	3
1. Una conferencia de prensa	11
2. El archivo fotográfico	25
3. El rescate de los hermanos	41
4. Una cuestión de miedo	79
5. La resaca	97
6. Hotel por horas	117
7. La vergüenza y la ira	137
8. Publiquen y aténganse a las consecuencias	151
9. Las veinticuatro horas de un día	163
10. El exilio	183
11. El regreso	201
12. Tomando té con el torturador	219



Prólogo





Mil novecientos ochenta y cuatros

Cuando se revisa la distopía de George Orwell, y su lugar en nuestro mundo, se suele acabar con un hondo suspiro reparador: 1984 fue un producto, aunque muy aleccionador (siempre lo subrayan), de la imaginación creativa. Y, en efecto, tienen parte de razón. La profecía orwelliana no se ha cumplido, en términos generales, y nuestro mundo no está organizado en Eurasias y Oceanías, indiferentes como espejos al sufrimiento del hombre. El problema de semejante punto de vista está directamente relacionado con el título (muy bueno, por mil otras razones) que Orwell le puso a su largo poema en prosa: un título futurista que vinculaba una determinada posición del tiempo con la dramática circunstancia descrita. Orwell también atribuía otra característica al mundo de 1984: su pétrea inmovilidad; su solemne promulgación, precisamente, del fin del tiempo.

Pero, respecto a su vinculación con lo real, 1984 no debe ser entendido como una fecha. Ni como una fecha ni como un estado global. 1984 debería designar más bien un repentino estado de las cosas, el terrible síndrome que se apodera de vez en cuando de los hombres y los hace comportarse con una crueldad cósmica. Debería designar una posibilidad que se cumple, que se instala en alguna zona del mun-

do (a veces muy amplia, a veces extremadamente insignificante), que a veces es vencida pero que vuelve, para más desdicha, en zonas a veces muy próximas al delirio. 1984, en fin, debería designar, por contraste, el obligatorio y permanente estado de vigilia de la razón democrática.

No hay, pues, un 1984 global y eterno. Pero sí ha habido 1984 locales y efímeros. El mundo comunista, grosso modo, caído en 1989. La Ruanda del genocidio. La Cuba y la Corea del Norte de hoy. Las satrapías islámicas. El Chile de Pinochet. La China inacabable. Los años de plomo en el País Vasco. Y, desde luego, la Argentina de los desaparecidos.

Este libro estremecedor de Andrew Graham-Yooll está escrito bajo la clara influencia del 1984 orwelliano. Desconozco si su autor tiene a Orwell entre sus escritores de cabecera e incluso si ha leído su poema. Es indiferente. Como todos los grandes libros 1984 extiende su influencia, vigorosa, hasta los no-lectores. Es difícil pensar que el capítulo *Las veinticuatro horas de un día* pudiera haberse escrito sin Orwell. Este párrafo, por ejemplo: «Eran las tres y media. Permanecí despierto, pensando si vendrían alguna vez. ¿Quiénes vendrían? ¿Policías uniformados con una orden de arresto porque había escrito artículos sediciosos? ¿O sería una pandilla paramilitar con la orden de capturar a un “guerrillero peligroso” para que no hubiera ninguna duda de que debían entrar disparando?»

Éste podría ser uno de los monólogos de Winston, uno de tantos, de cualquier Winston, de cualquiera de nosotros. Tiene la música tensa de aquellas tardes en que Winston y Julia se encontraban en el piso alto del anticuario. Escribe Graham-Yooll como si hubiese vivido en ese piso: «Estaba totalmente despierto: mi mujer se arrebujó contra mí. Con un suspiro volvió a dormirse. Con el brazo derecho rodeé sus hombros y cerré los ojos. Era el único momento de paz

que teníamos, si bien la paz era remota, alejada de la tranquilidad deseada por los típicos habitantes de los suburbios».

Hay otra grave coincidencia entre los dos libros. Uno avanza en la lectura sin desprenderse de la misma incómoda pregunta respecto al protagonista: ¿Cuándo lo van a matar? Respecto a Winston (un personaje de ficción) la ilusión narrativa tiene un mérito discreto. Pero en el caso de Graham-Yooll resulta mucho más prodigiosa. El lector tiene a su disposición un abundante paratexto que indica que Graham-Yooll está vivo y activo, y que salió con vida del horror. Y a pesar de eso, mérito de la escritura y del horror, el lector no las tiene todas consigo y teme que al volver la página lo acribillen a balazos. Sobrevivirá, claro. Como, por cierto, sobrevive Winston. Hay una pregunta que rebasa este prólogo y es: a costa de qué sobrevivió Graham-Yooll, qué es lo que murió con su vida milagrosamente preservada. Por el contrario *Memoria del miedo* sí nos informa de una sustancial diferencia entre los dos aterrorizados. Winston cedió. Así dicen las líneas finales más desoladoras de la literatura del siglo veinte. Discúlpeame la cursilería de citarlas en inglés: «*Two gin-scented tears trickled down the sides of his nose. But it was all right, everything was all right, the struggle was finished. He had won the victory over himself. He loved Big Brother*».* Sin embargo, Graham-Yooll resistió y pudo escribir este libro. Y lo que es sumamente importante: identificando a los verdugos entre los militares, pero también entre la izquierda armada. Es uno de los rasgos que da hondura a su memoria y que ha acabado convirtiendo a *Memoria del miedo* en un clásico.

* Dos lágrimas, perfumadas de ginebra, le resbalaron por las mejillas. Pero ya todo estaba arreglado, todo alcanzaba la perfección, la lucha había terminado. Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano. (Traducción de Rafael Vázquez Zamora.)

Aún Orwell. Una de las características más inquietantes de *1984* es la ausencia de un discurso con que el tirano justifique (es decir, niegue) la existencia de la tiranía. No sorprende que el ejercicio del poder sea el único móvil real del *Big Brother*. Sorprende que el ejercicio se realice sin cobertura. O dicho más afinadamente: con la única cobertura de la confusión, de la paulatina pérdida de sentido de las palabras, y con ellas de la Historia. El *Big Brother* no ape-la a la igualdad, la justicia y la fraternidad universales. Tampoco declara que una raza sea superior a otra y el exterminio sea una necesidad evolutiva. Todo el discurso del *Big Brother* está grabado en la fachada del Ministerio de la Verdad:

«La guerra es la paz
La libertad es la esclavitud
La ignorancia es la fuerza»

¿Qué quiere decir todo ello? Nada, por supuesto. Todo su sentido radica en su absoluta ausencia de sentido. En *1984* las palabras ya no son lugares de encuentro humano y cualquier aspiración racional de concordia ha desaparecido. La fonética ha sustituido a la semántica y los hombres han sido sustituidos por la masa. Cada tanto las grandes masas de *1984* atraviesan las calles, convocadas, por ejemplo, por la Semana del Odio. Pero en plena celebración el destinatario del odio, de la increpación general puede cambiar. Si al empezar la ceremonia era Asia Oriental la culpable, Oceanía puede serlo al final. La tiranía está basada en la confusión. Especialmente, claro está, en la confusión entre lo verdadero y lo falso. No hay necesidad de someter al pueblo a la verdad, porque la verdad ha dejado de ser necesaria.

No es el lugar de ocuparse extensamente de esta visión orwelliana, pero sí el de subrayar que, en este sentido, su profecía se ha cumplido plenamente: tanto si atendemos a una visión global (el relativismo cognitivo es el pensamiento popular dominante), como si descendemos vertiginosamente a lo microscópico y observamos a esos gobernantes que en la Europa política desprecian las palabras en la medida que obstaculizan sus mentiras triunfales.

La Argentina de los desaparecidos puede vincularse fatalmente con este último rasgo de confusión deliberada, de vacío discursivo, tan perceptible en la primera distopía de nuestro tiempo. A mi juicio, nunca ha quedado del todo claro cuál fue la cobertura, el ansia de paz infinita, que veló la masacre argentina. Un gran mérito del libro de Graham-Yooll es el señalamiento de ese vacío. Y aún más: su interés por no llenarlo de palabrería. Vagamente, y más vago suena todavía en el eco del tiempo, los militares argentinos justificaron su conducta en «la lucha contra la subversión». La desproporción entre la débil flatulencia de ese sintagma y la tragedia desencadenada no se le puede escapar a nadie. Venían por la noche a buscar a las gentes, las arrancaban de sus casas, las sometían a torturas y luego, acaso, las echaban al vacío desde los aviones. En ese último acto, de una sofisticación insólita, de un ingenio cruel, he visto muchas veces la metáfora de lo que había detrás de los miserables asesinatos. Nada había. Cuerpos al vacío y por el vacío. Como las palabras grabadas en la fachada del Ministerio de la Verdad. La pura imposición del gesto signifiante. El trepidante e imparable envalentonamiento de la acción.

En la cultura española faltan muchas obras claves de la *faction* —que es como me gusta llamar a la literatura de hechos, aun asumiendo el riesgo de que en algunos lugares de América *faction* designe esa literatura estéril que mezcla lo real

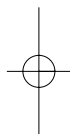
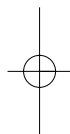
y lo ficticio—. El libro de Graham-Yooll es uno de ellos. Sorprende amargamente que nunca fuera editado en España, máxime sabiendo hasta qué punto la tragedia argentina fue también, por tantos motivos, una tragedia de los españoles. Devuelve, muy concentrado, un tiempo sobre el que quizá pasamos muy deprisa, llevados por el exitoso timo de la sucesión de noticias. Desde el punto de vista de la aprehensión de la realidad la serialización periodística presenta un grave inconveniente, reforzado en las historias que se extienden a lo largo de meses y años. Con monotonía implacable el periódico informa que ayer fueron descubiertos cuatro cadáveres en la provincia de Rosario. Y mañana otros cuatro, y dos el lunes. Y diecisiete, balance (como dicen, tan graciosos, sin presentar nunca el número de los vivos) del último fin de semana. Los cadáveres van desapareciendo en el sumidero de esa prosa inevitable y narcótica. Hasta que de repente llega alguien como Graham-Yooll y dice, tenga, ahí tiene. Lo que entrega es un mazo de cadáveres. Para la sorpresa general. ¿De dónde salen tantos cadáveres?, se pregunta el lector. La respuesta, como todas las respuestas, está en los periódicos, en su hipnótica entrega fascicular.

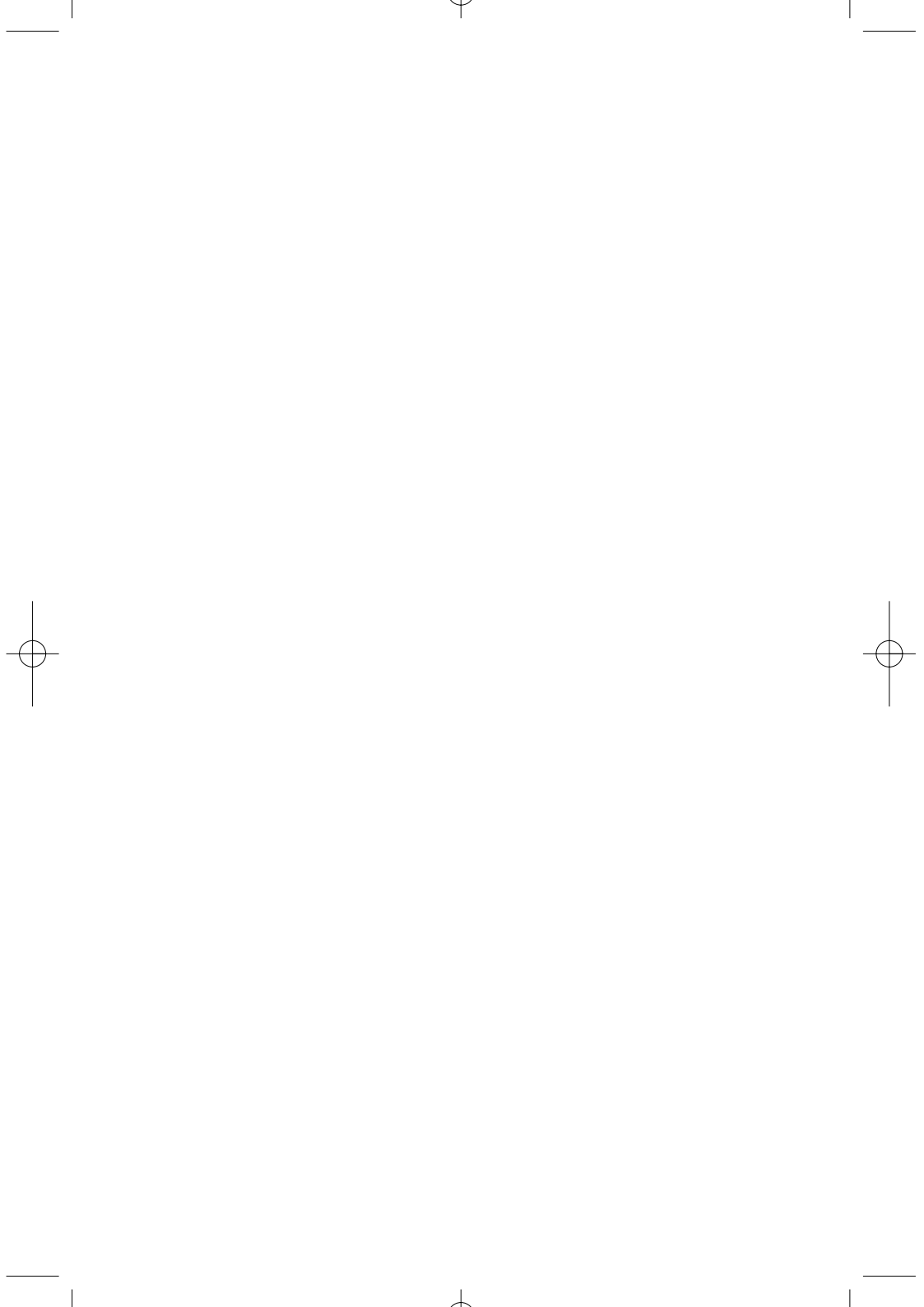
Por lo demás, y respecto a su escritura y al alto pacto de veracidad que el autor ofrece, baste saber que en el capítulo titulado *El rescate de los hermanos* el autor presenta a uno de los protagonistas, el dirigente montonero Mario Firmenich vestido con «una camisa de mangas cortas y unos pantalones de algodón». Error imperdonable, como atestigua la nota a pie de página: «Al ser exhibida la filmación de la conferencia en el Juzgado Federal de San Martín, en agosto de 1985, quedó demostrado que Firmenich vestía pulóver verde de mangas cortas. La descripción anterior es una falla de la memoria».

Parece la única falla.

ARCADI ESPADA

Memoria del miedo





Introducción

La Argentina del siglo XXI es otro país. Es lo que queremos crear. El país de la década de los setenta quedó allá lejos. Fue el país que confirmó lo que los argentinos no queríamos saber: que éramos una sociedad violenta y dividida. A raíz de las sucesivas crisis políticas retrocedimos rápidamente desde los altos niveles de cultura alcanzados en generaciones anteriores. Esto último, la decadencia cultural, quizá más que el estado de violencia, no lo deseamos ver de forma alguna. Negamos. Hoy, el país es otro, más pobre, con una administración constitucional que llamamos democrática que, aún con sus fallas, nos enorgullece. Otros aspectos de la otredad no nos quedan muy claros.

En fin, todavía somos también el mismo país que recibió a Juan Perón, aquel amigo de Francisco Franco al que expulsamos en 1955, y lo vivó a su regreso de España en junio de 1973, y lo lloró, entre puteadas porque se fue demasiado rápido, cuando murió en julio del año siguiente. Somos los que respiramos con alivio cuando en marzo de 1976 los militares, conquistadores de todo por falta de resistencia, metieron presa a la viuda de Perón, presidenta de segunda mano. Los argentinos pasamos a ser «derechos y humanos», ofendidos porque el mundo nos decía san-

guinarios apañadores de criminales en el poder. Realmente no era deseable reconocer que los militares, respaldados por la indiferencia pública, torturaban hasta la muerte a jovencitos en nombre de un terror de estado, los «desaparecían». Como demostración de nuestras bondades triunfamos en la Copa Mundial de Fútbol en 1978 y lo celebramos, «derechos y humanos», junto a los dictadores, quienes celebraban la victoria porque los hacía aceptables frente a la sociedad mundial. La dictadura instauró una economía de ostentación, debida a una moneda falsamente fuerte, con la que los ciudadanos salieron al mundo a comprar todo lo que la anterior economía cerrada y una moneda devaluada les habían negado. Fue la era del «deme dos», instalada para facilitar la importación de productos en detrimento de la industria local. Finalmente en 1981 el desempleo masivo nos impulsó a marchar contra los dictadores, pero de inmediato celebramos con el general Leopoldo Fortunato Galtieri la invasión a las islas Malvinas en abril del 82, y tres meses después, ante la derrota, vilipendiamos a los incompetentes comandantes de la picana que no supieron organizar el asalto a un baldío. Para no tener que pensar en el fracaso dimos la espalda a miles de jóvenes, a su regreso de la batalla de Malvinas, maltrechos y desilusionados.

Celebramos el retorno a la democracia, en diciembre de 1983; que nos hizo sentir que pudimos elegir algo. Pero no celebramos lo que realmente nos hizo grandes en el mundo, los juicios a los dictadores en 1985, experiencia única en el derecho internacional en tiempos de paz; y rechazamos a Raúl Alfonsín por no evitar la hiperinflación del 89. Celebramos la recuperación financiera del país con Carlos Menem a partir del 91. Ingresamos al «primer mundo». Reelegimos a Menem con más del cuarenta y ocho por

ciento en 1995, pero no hay un solo argentino que recuerde haberlo votado. Celebramos la partida de Menem con la llegada democrática de Fernando de la Rúa. Pero en 2001, lo repudiamos a todo «cacerolazo». En medio de una profunda crisis bancaria cantamos marchas patrióticas por el impago de la deuda pública, declarado por un mini presidente que apenas duró una semana. En enero de 2002, repudiamos la devaluación del peso argentino, protestamos contra el gobierno que devaluó y lamentamos el quebranto nacional.

Por eso, en 2003, celebramos la llegada de un presidente que contaba sólo con el veintidós por ciento de los votos y a los seis meses el cincuenta por ciento de los argentinos creyó haber votado a Néstor Kirchner.

El nuevo presidente insultó a casi todos sus opositores y críticos, a gobiernos extranjeros amigos, despidió a aliados políticos por expresar sus desacuerdos, y creó un entorno de «chupaculos» del poder. Reabrió heridas que quedaban de los años setenta, implantó la aceptación de muertos buenos y muertos malos al recordar sus años mozos cuando se sospechaba como parte de una juventud revolucionaria. En diciembre de 2005, anunció que pagaríamos toda la deuda al FMI, que era el siete por ciento de la deuda pública total, porque somos bien machos. La decisión fue celebrada como un acto soberano por todos, los mismos que celebraron el impago de la deuda.

El discurso celebratorio continuará mientras la gran clase media argentina siga pensando con el cerebro en el bolsillo.

Hoy, la Argentina es otro país. Casi seguro que sí.

Memoria del miedo tiene su historia, como cualquier libro. Yo estaba empleado en la redacción de *The Guardian*, en

Londres, cuando el poeta inglés Alan Ross, dueño y director de la revista literaria, *London Magazine*, me invitó a escribir algo para su publicación y dejar de relatarle en el pub las historias de crueldad cuya memoria me abrumaba día y noche en el exilio londinense. La primera pieza apareció en julio de 1978. Siguieron otras, en el *Partisan Review* (Boston) y en el *New Edinburgh Review* (Edimburgo). Roger Omond, colega sudafricano exiliado en Londres que había trabajado con Donald Woods (un periodista fugado, autor de la biografía de Steve Biko) me presentó a su amiga Anne Beech, dueña del sello editorial Junction Books, de Londres. Ella publicó *Portrait of an Exile* (Retrato de un exilio), en septiembre de 1981.

El libro se reeditó en Nueva York en 1982 como *A Matter of Fear* (Una cuestión de miedo); y para que nadie diga que los libros no retienen su influencia, a pesar de los cambios en las comunicaciones, un capítulo, el tercero, el de la liberación en junio de 1975 del empresario Jorge Born secuestrado por la guerrilla Montoneros, fue usado por el gobierno de Raúl Alfonsín en la extradición y juicio de Mario Eduardo Firmenich (nunca se supo cuál fue el arreglo político entre Argentina y Brasil para lograr esa extradición por parte del gobierno de Brasilia). Así que fui convocado por el gobierno a declarar como testigo de cargo contra Firmenich y durante el juicio, en noviembre de 1984, tuve numerosos custodios, probablemente para aumentar el impacto publicitario político más que como necesidad de protección personal. El relato de mi viaje desde Londres a Buenos Aires –con escala clandestina en Madrid escoltado por los servicios secretos españoles– para testificar contra Firmenich fue incorporado al libro en sucesivas ediciones como Apéndice al Capítulo Tercero.

En Buenos Aires el libro se publicó por primera vez en

1985, en el sello Sudamericana. En 1986, el sello Eland Books, de Londres, lo reeditó como *A State of Fear* (Un estado de miedo) y fue elegido como libro del año por el *Good Book Guide*. El escritor Graham Greene, en la consulta de fin de año en el semanario *The Observer*, lo elegía también entre los tres o cuatro mejores del año. A Greene y a Dervla Murphy, del *Good Book Guide*, les debo el éxito de las sucesivas ediciones. También se ha traducido al hebreo y al chino.

Lo que más vergüenza me da siempre es haber sentido el ridículo del miedo una vez más: me dio miedo leer mis propias pruebas de la nueva edición de *Memoria del miedo*. La lectura pude hacerla en parte. Luego pedí que las leyera Rosa Amuchástegui. Ella me había ayudado a pasar en limpio los originales de la primera edición. Leerme era vivirlo, y vivirlo era parte de la muerte, parte del ridículo. Permanece el miedo a la captura, a la tortura, a un régimen tan absoluto que decidía quién podía vivir y quién debía morir por capricho convertido en política.

Aunque hoy la Argentina sea otro país, yo no lo soy. Soy más viejo y más arrogante, pero no otro. No es que me parezca mal el temor: es bueno recordar el miedo, para no repetirlo. Pero ¿cómo pudimos, toda una sociedad, vivir en compañía del miedo como si fuera normal? ¿Cómo pudimos, como país, vivir diciendo: «por algo será –o– en algo andará»?

Finalmente leí las pruebas, cuando Rosa las devolvió. Pero las leí a las ocho de la mañana, cosa de tener el día por delante, que no cayera la noche y me tuviera que encerrar con el miedo.

Recuerdo que en vísperas de la presentación de la segunda edición argentina, por la Universidad de Belgrano, y con

la presencia de Raúl Alfonsín en la feria del Libro de Buenos Aires de 1999, la escritora Julia Chiquita Constenla declaró: «este es un libro triste, parece un álbum de tristeza familiar». El escritor y periodista argentino Rogelio García Lupo dijo: «parece un libro muy violento».

Me sorprendieron, una y otro. Nunca pensé que había escrito un libro triste ni violento. Para mí siempre ha sido el libro de un cobarde que necesita vomitar lo vivido y lo visto por miedo a repetirlo. Algo así como el diario de un cagón, que no quiere volver a cagarse, a ser vencido otra vez por el miedo.

Lo prefiero así: aunque no pueda releerlo, a veces me gusta tenerlo a mano, para mantener la memoria del miedo, para no repetirla.

Para Luis Miguel Solano, que me sorprendió y halagó con su decisión de hacer esta nueva edición bajo el sello Libros del Asteroide, mi agradecimiento.

BARRACAS, BUENOS AIRES, 2006

NOTA: Se han cambiado u omitido algunas identidades, nombres de lugares y alguna referencia a sucesos concretos para proteger a algunas de las personas que protagonizaron los hechos recogidos en este libro.

1. Una conferencia de prensa

JUNIO DE 1973

Después del saludo inicial (después del placer de volver a ver al hombre por cuya liberación había luchado, en la medida en que me lo permitían la autocensura y mi limitado valor) se sentó en una silla junto a mi escritorio en la redacción del *Buenos Aires Herald*, en la calle 25 de Mayo. Andrés Alsina Bea apoyó los codos en las rodillas y miró hacia abajo; aspiró hondo el cigarrillo y lanzó al piso un chorro de humo.

—¿Te gustaría ser secuestrado? —preguntó sin levantar la vista.

Diez o quince latidos sacudieron mi cuerpo, zumbaron en mis oídos, me enrojecieron la cara. El zumbido se mezcló con los pensamientos sobre la preocupación de mi esposa, si el diario podría pagar el rescate, lo que diría el director ante mi ausencia repentina y si podría irme con todo lo que quedaba por hacer en la redacción. Cuando cedió el zumbido, pregunté en voz baja:

—¿Ahora?

—No, ni pensarlo... Ya arreglaremos el momento y el lugar.

El tiempo en el que transcurre esta historia se encuentra ya en la opacidad distante de los recuerdos indeseables que pueden llegar a ser terriblemente vívidos, para después desaparecer en el olvido. Los acontecimientos están archivados junto a mi consternación ante el refinamiento de la crueldad; junto a mi furia por la estúpida inmolación de hombres y mujeres jóvenes, de antiguos compañeros de colegio y camaradas de redacción, de los padres de los amigos de mis hijos... Están archivados junto con mi asombro ante la brutalidad de la guerrilla y ante su horrible represión en el lugar en que nací: la Argentina.

La vida era fácil, si bien un poco pueblerina, incluso en las grandes ciudades donde la estrechez de miras y la ausencia de pensamiento racional reflejaban la poca profundidad del tan mentado cosmopolitismo. Todavía me siento perturbado por la locura de los jóvenes rebeldes. Encontraban explicaciones para el asesinato con el tono de voz de una conversación normal, y el desatino apenas se notaba entre tantas muertes diarias, en un país donde la muerte era parte de la vida. Sigo atónito por la furia de la represión; por la crueldad ciega de los seres humanos más primitivos, por el cálculo frío de los intrigantes.

La crueldad ha arrasado el continente. Un continente que los escritores europeos no supieron comprender y que sólo unos pocos latinoamericanos han logrado desentrañar.

Estoy pensando en los acontecimientos ocurridos entre 1972 y 1976; pero estoy empezando a creer que podría tratarse de cualquier período de cinco años transcurrido en los últimos cuatro siglos. No es que se hayan repetido ciclos históricos; es que no ha habido ciclos: la conducta no ha cambiado nunca. Hubo cambios en la intensidad de la acción, no en la perspectiva.

Los acontecimientos me alejan de mi casa; de mi hogar al

sur de Buenos Aires, sobre la línea de ferrocarril «inglés», en un pueblo creado para abastecer de agua a las locomotoras construidas en Inglaterra; un pueblo donde el tren de la tarde paraba a las seis y veinte, horario establecido por un jefe inglés del Ferrocarril del Sur que pensaba que las seis y media era la hora apropiada para el primer gin-tonic del día. Están tan lejos ahora las excursiones con el colegio inglés del pueblo (la Ranelagh Community School) para ir a la ciudad a ver teatro, también en inglés... Ranelagh está a 22 kilómetros al sur de Buenos Aires, no al suroeste de Londres. Estas excursiones tenían lugar todos los 24 de mayo, Día del Imperio, y víspera del Día de la Libertad de la Argentina. Después del teatro debíamos escribir una redacción, pero sobre el Día del Imperio, desde luego.

Levantó la vista, notó mi incomodidad y me dijo:

—Queremos hablar contigo. Deseamos que vengas.

Se sentó al lado de mi escritorio, el del secretario de redacción del centenario diario publicado en inglés *Buenos Aires Herald* situado junto al club inglés. Se puso de pie y caminó por la sala de redacción hasta un gran mapa de Buenos Aires que había en una pared. Su dedo señaló un pequeño cuadrado verde, un parque, a unas cuadras de la estación Constitución, una terminal de lo que antes se llamaba Ferrocarril del Sur y ahora Línea General Roca de los Ferrocarriles Argentinos.

—Nos encontraremos ahí. A las diez de la mañana —me dijo.

Era una orden. Protesté por la hora porque, por lo común, me acostaba a las tres de la mañana. Pero sabía que mi curiosidad, sus órdenes (Andrés era unos años menor que yo, un pollito, pensaba yo; ¡y dándome órdenes!) y mi orgullo se combinarían para hacerme llegar puntualmente.

Su visita me había sorprendido. Hacía pocos días que había salido de la cárcel, liberado por la amnistía decretada en las primeras horas de gobierno del nuevo presidente, el dentista Héctor Cámpora.

Había entrado en la sala de redacción con aire de conoedor del lugar. Mientras se acercaba a mi escritorio yo me había puesto de pie, sonriente y con los brazos abiertos.

—Hablá bajo —había dicho con una sonrisa débil.

Me dejé caer en el asiento. Le dije que estaba encantado de verlo; lo noté flaco. Siempre fue delgado pero en prisión había estado anémico. Lo habían arrestado un año atrás acusado de conducir el automóvil en el rapto de Oberdán Salustro, director gerente de la subsidiaria de la Fiat en la Argentina.

El arresto de mi amigo en un departamento de San Telmo, que puso en evidencia su activismo político, nos había sorprendido a muchos. Me acordé de él en fiestas en la década de los sesenta, cuando se reunían escritores, autores teatrales, artistas y editores, toda gente de mundo, en casa de Susana «Pirí» Lugones, eran conocidos que serían famosos: Rodolfo Walsh, Carlos del Peral, Tomás Eloy Martínez, Manuel Puig, Marcelo Pichón Riviere... Mi esposa y yo no éramos mundanos pero igualmente nos invitaban. Andrés estaba siempre por ahí, recolectando elogios como uno de los periodistas mejor informado sobre los guerrilleros tupamaros uruguayos y sobre el mercado internacional de armamento. Su compañera de aquella época era una joven bellísima, María Victoria «Vicky» Walsh, que iba a las reuniones con mini-shorts, moda de aquel momento. La recuerdo sentada en el suelo a mi lado, conversando, mientras yo no podía quitar la vista de las largas piernas blancas. La pareja se separó aquel año (debe haber sido por 1970) cuando la política entró en su vida y ellos tomaron

distintos caminos. Él ingresó en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y ella se dedicó a la actividad sindical y luego entró en la sección de prensa y propaganda del Partido Peronista Auténtico (brazo político del grupo guerrillero Montoneros. En 1976 la policía irrumpió en una reunión de funcionarios del partido y ella fue asesinada junto con otros).

Dos días después, en una lluviosa mañana de junio de 1973, partí hacia el fingido secuestro. Antes de irme de casa, en Acassuso, a una hora y media al norte de la ciudad, le dije a mi esposa no sólo adónde iba sino también dónde estaba la póliza del seguro, qué editores tenían algo mío y en qué estado de impresión; a quién llamar en caso de «problemas» y otras precauciones que uno toma en ciertos momentos, como antes de partir en un viaje de negocios o cuando se toma el avión para ir de vacaciones. Esperábamos que no ocurriera nada.

¿Qué podía suceder? Éstas eran personas con las que solíamos coincidir en reuniones sociales; la idea de que sus manos pudieran empuñar armas nos resultaba demasiado extraña, demasiado teórica. Era cierto que algunos de ellos mataban y que algunos habían resultado muertos, pero yo todavía no había visto un cadáver reventado por las balas, así que todo parecía inconcebible. La noción de que yo pudiera estar conversando con personas que mataban y luego discutían sobre la muerte (el asesinato) como parte de una estrategia política no había entrado aún en mi campo de periodismo político. Estábamos en 1973 y, políticamente, yo estaba en pañales. Amigos míos habían sido arrestados y amigos de amigos habían sido asesinados. Hasta yo había sido arrestado una vez por periodista. Un policía borracho había disparado un tiro muy cerca de mí en

Ranelagh; e incluso mi padre, enojado conmigo porque manejaba sin cuidado una pistola, me había disparado un tiro entre lo pies cuando yo tenía diez años. Pero todo eso era parte de la vida, no de la muerte.

Lloviznaba aún al salir del subterráneo, frente a la estación Constitución, un edificio que nació gris según la ingeniería británica del siglo diecinueve, y que miraba con vista cansada a un parque sin vida.

Había unas pocas cuadras hasta el lugar de nuestro encuentro, otra plaza sin vida rodeada de baldosas amarillentas y caminos que se cruzaban en diagonal... Esta zona de la Capital Federal, tan querida por sus residentes, muestra al extraño la hostilidad provinciana por todo lo desconocido. Los carteles que anunciaban hoteles por horas en una larga hilera sobre la calle Santiago del Estero quedaron atrás y los reemplazó una fila de caserones de inquilinato cuyos frentes fortificados escondían patios familiares, y sus persianas metálicas permanecían cerradas hasta celebrarse una fiesta de cumpleaños o un casamiento y luego se volvían a cerrar durante años.

Al acercarme al lugar de reunión lo vi caminar hacia mí. Parecía aun más flaco que cuando entró en la redacción, la lluvia le aplastaba el cabello contra la frente, y sus hombros, encorvados, se perdían bajo el cuello levantado del abrigo. Lo observé venir, saltando los charcos, y me pregunté cómo podía haber sido acusado de cómplice de criminales.

Sentía algo extraño en el estómago. Algunos lo llaman un nudo, otros dicen que es una piedra, pero era, en realidad, como un vacío, a pesar de haber comido hacía poco.

—Está lloviendo —me informó cuando nos encontramos—. Andá a tomarte un café.

Me dijo que había un bar a la vuelta de la esquina y que

irían a buscarme allí. Pregunté si algo había salido mal.

—Voy a cargar nafta.

Lancé una carcajada de alivio al comprobar que se trataba de un inconveniente tan anodino. Más tarde me molestó que hasta en algo de menor importancia como el transporte fuera necesario distorsionar la verdad. Me habían citado temprano para poder observarme y que los arreglos para el transporte pudieran hacerse a resguardo.

En el diminuto café, sentado ante una mesita, estaba un periodista de un matutino argentino; otro, de la redacción en Buenos Aires de una agencia de noticias estadounidense, y un corresponsal del diario *Pueblo*, de Madrid. Dos clientes hablaban con el dueño en el mostrador. Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos la máquina de café expreso no cesó de funcionar para abastecer nuestros pedidos. Dos de nosotros ordenamos «especiales» de jamón y queso; yo no era el único que sentía un vacío en el estómago.

Antes de la asunción del mando del presidente Cámpora y de la declaración de amnistía a los presos políticos, se habían hecho muy de vez en cuando conferencias de prensa organizadas por la guerrilla; había sido casi imposible concertar entrevistas con jefes guerrilleros, excepto para los corresponsales extranjeros que llegaban y se iban. Cuando la guerrilla quería comunicar algo (por lo común, señalar alguna ocasión especial, porque de las cuestiones relativas a las acciones se informaba por teléfono o por correo), acarreaban a un par de periodistas con los ojos vendados hasta algún camión o un automóvil donde se llevaba a cabo la «conferencia de prensa», con el vehículo en marcha para evitar el uso de un lugar determinado. La denominación de «secuestro» se seguía usando; pero nadie creía en ella como tampoco en muchos otros términos adaptados a los requere-

rimientos políticos. Muchísimas palabras tienen doble significado en la política argentina...

Esta vez, el acontecimiento iba a tener lugar en condiciones más cómodas.

Después de media hora apareció un joven. Tenía el pelo corto –peinado prolijamente hacia atrás– y mejillas regordetas; usaba un impermeable muy elegante del que asomaba una camisa con el cuello abierto. Era evidente que este caballero de rostro moreno nunca había estado preso y que, además, debía tener algún empleo normal. Nuestro nuevo acompañante pidió un café y un sándwich y nos preguntó si deseábamos beber algo, a lo cual rehusamos. Después de otros quince minutos se puso de pie, pagó su cuenta y nos dijo que estuviéramos preparados. Eso coincidió con la llegada de un pequeño ómnibus escolar pintado reglamentariamente de anaranjado. Nos ordenaron que subiéramos rápido; el gordito fue el último en abandonar el café. Mientras subíamos los tres escalones del ómnibus el motor se petardeó, y el ruido nos hizo pensar en un disparo. Pero esa idea se esfumó antes de tomar forma. El conductor, un hombre maduro, acompañado de dos jóvenes, nos llevó a saltos y barquinazos a lo largo de unas quince cuadras. Aun si hubiéramos estado menos tensos y con ganas de conversar, el ruido del ómnibus lo habría tornado imposible.

Estacionamos frente a un gran depósito con inmensos portones metálicos. Cuando bajamos del ómnibus, llegó un hombre que le pagó al conductor. Era obvio que éste ignoraba quiénes éramos y qué era lo que sucedía.

Entramos por una pequeña puerta lateral a un ambiente sombrío, grande y cuadrado. Era un salón de baile: uno de tantos en el barrio, dirigido por españoles que atendían a sus compatriotas. Nos dijeron que a la pareja de ancianos que

estaba en el bar, en el lugar más alejado del salón, se les explicó que alquilaban el local para una conferencia de prensa con motivo del lanzamiento de una revista literaria.

Nuestros anfitriones, cuatro en total (aunque luego nos enteramos de que había tres más patrullando la manzana), nos invitaron a tomar asiento alrededor de cinco mesitas. Nos enviaron, uno por uno, al baño de caballeros, donde fuimos revisados por un experto en palpar cada centímetro del cuerpo y en revisar los bolsillos y las costuras de la ropa. Su mano se congeló sobre el bolsillo derecho de mi chaqueta. Era el Ventolín, el inhalador contra el asma. Preguntó con seriedad qué era, pues la forma le resultaba irreconocible. Cuando se lo dije, sus facciones se relajaron y hasta esbozó una sonrisa, murmuró unas palabras de compasión y comentó sobre las molestias de esa enfermedad. Sentí que hasta me admiraba un poco (aunque él no se diera cuenta) porque mencionó que se trataba del mismo malestar que había aquejado al Che Guevara durante toda su vida.

Después de esta introducción esperamos alrededor de las mesas. Nos sirvieron otra vuelta de café y vasitos de ginebra y nos dijeron que podíamos usar cámaras fotográficas y cintas grabadoras. ¿Quién vendría? Parecía que sería el jefe del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el órgano político que dirigía al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). «¿Quién es?», preguntó el español. «Mario Roberto Santucho, desde luego.»

En ese momento el nombre tomó cuerpo, pues la puerta lateral se abrió y Santucho —treinta y seis años, ex contador— apareció en el salón de baile. Lo seguían sus lugartenientes: Benito Jorge Urteaga, de veintisiete años, ex empleado de oficina; Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, treinta y un años, ingeniero y miembro, en otros tiempos, de la organización uruguaya Tupamaros; y Jorge Molina, arquitecto de treinta años.